

En la esquina de Boedo y Florida

de Marcelo Britos

Acto I

Personajes

Jorge Luis Borges

Bernardo Kordon

Mozo del bar

Encargada del bar (una mujer grande)

Escena 1

Interior de un bar. Es media mañana. La luz entra por las ventanas. Hay una barra en la que un mozo limpia copas con un trapo. Se oye la radio de fondo (fragmentos de programas de todas las épocas) Borges está sentado en una mesa. No hay otras personas. Está ciego y está un poco retirado de la mesa sosteniendo su cuerpo con el bastón, casi a la altura del mentón. El mozo le deja un café.

Mozo

Acá tiene abuelo

Borges

Gracias

Le da un sorbo y hace cara de asco. Busca con la mano el plato y lo empuja hacia atrás, con gesto de enojo. Entra otro hombre. Tiene una gorra y lentes. Mira el bar como desorientado. Mira por la ventana. Cuando se va a sentar ve a Borges y se le acerca. Le arrima el café despacio.

Kordon

Acá tiene.

Justo pasa el mozo cerca de la mesa

Mozo

Si yo le dije que estaba ahí. ¿Qué pasa abuelo, está sordo también?

Borges

Perdón. Sí. He perdido la audición en la batalla de Somme.

(Espera que se retire el mozo, Kordon sonríe)

Borges (continúa)

Ojalá hubiera perdido también el gusto.

La voz de la encargada suena desde adentro de la cocina

Encargada

¿Otra vez se quejan del café?

Mozo

¡Es el viejo de los libros!

Kordon

Mientras sea el gusto y no la lucidez. Ahí perderíamos todos.

Borges

Perdón. ¿Nos conocemos?

Kordon

Kordon. Bernardo Kordon. Un gusto.

Le extiende la mano y se saludan.

Borges

El viejo de los libros, encantado. Se lo ve bien.

Kordon sonríe. Se da vuelta y pide un café con la mano.

Kordon

Me parece que no le hace falta la vista para entender a dónde está parado. Yo no s  si ando bien. Ando, que no es poco.

Borges

Se suele creer que la ceguera es repentina, que cae sobre la luz como cuando soplamos una vela. Quien nace ciego, supongo, va creando su propio mundo de imágenes, le pondr , según el sonido y la textura, una forma que sólo existirá en esa mente. En mi caso, la ceguera fue un largo atardecer, nada más parecido a ese crepúsculo que se va anunciando en la penumbra. Después pude reconstruir las cosas con ese recuerdo del mundo que había visto. Y por momentos creo haber profanado la verdadera forma de las cosas, invent ndolas o cambi ndoles el color o el tamaño.  No es eso la literatura?

Kordon

“Yo sólo pido perdón por haber inventado las montañas de Arabia Saudita”. Ahora entiendo ese verso. Entiendo por qué pide perdón.

Borges

¿Quién es el poeta arrepentido?

Kordon

Mario Trejo

Borges

Recuerdo a alguien con ese nombre. Hice con él una entrevista hace algunos años. Me preguntó si había consumido cocaína y otras impertinencias. Ve, en este momento no sé si he inventado su rostro o si lo he visto. De usted podría decir, a riesgo de ser obvio e intimista, que es un hombre que está preocupado.

Kordon

Yo se lo he hecho notar.

Borges

Me lo ha insinuado para que le pregunte. Y yo soy un anfitrión esmerado.

Kordon

¿Y qué le respondió?

Borges

¿A quién?

Kordon

A Trejo, cuando le preguntó si había tomado cocaína.

Borges

No lo sé. O fue hace mucho o ese veneno me ha borrado algún que otro recuerdo. (sonríe)

Kordon

¿Sigue hablando del café?

Borges

Si lo oyen se va a ganar algún apodo. Acá son rápidos para la infamia.

Kordon

Hay algo que me intranquiliza, espero no alarmarlo. Pero que usted esté acá, en este bar. Una puerta que crucé más por un impulso que por un deseo. No me niegue que esto no es normal ¿Cómo se llama este bar?

Borges

Podría llamarse Hamistagan, como la estación de las almas del Islam, el Chinavat, para el Zoroastrismo. Quizá no exista esa figura para la mitología nórdica, pero Niflheim, el infierno, es un nombre maravilloso para un establecimiento.

Kordon

Ni usted ni yo creemos en esas cosas.

Borges

Cuando algo sencillamente existe ¿tiene importancia si creemos lo contrario? Los fanatismos son tristemente humanos, y los agnósticos solemos serlo.

Kordon

¿fanáticos?

Borges

Y también humanos.

Borges (continúa)

He pensado en los tres niveles del Purgatorio, supongo que se trata del último, el del paraíso terrestre. Quizá usted y yo hemos encausado la pasión por donde el hombre no debe aventurarse. ¿Leyó a Santo Tomás? O bien podría ser un bar, en un tiempo y un país que ni usted ni yo hemos conocido.

El mozo se acerca para dejarle el café a Kordon. Toma una de las servilletas y se la muestra.

Mozo

El bar se llama Margot. ¿Quiere una medialuna? Son de manteca.

Borges lo toca con el bastón por debajo de la mesa y le dice que no con la cabeza.

Kordon

No. Gracias, maestro.

Huele el café cuando se va el mozo y hace mala cara.

Kordon (continúa)

Es tremendo esto, está quemado. Pero me da miedo pedirle té. Se ve que es muy sensible con sus tareas.

Borges

Pídale hombre. Usted está a tiempo. Yo tuve que acostumbrarme.

Kordon

La costumbre es silenciosa y posesiva. Yo la he combatido viajando.

Borges

¿En otros lugares no existe la costumbre?

Kordon

Si uno se queda mucho tiempo en cualquier lugar, la inventa. Después de todo no hay nada que el hombre no haya inventado. El tiempo, que a usted tanto lo intriga, ¿no es también una invención?

Borges

Hay un poema de Banchs sobre el odio que bien podría hablar del tiempo y la costumbre:

Recita con los ojos perdidos en la pared.

Borges (continúa)

Tornasolando el flanco a su sinuoso
paso va el tigre suave como un verso
y la ferocidad pule cual terso
topacio el ojo seco y vigoroso.
Y despereza el músculo alevoso
de los ijares, lánguido y perverso
y se recuesta lento en el disperso
otoño de las hojas. El reposo...
El reposo en la selva silenciosa.
(a partir de aquí, recitan juntos)

La testa chata entre las garras finas
y el ojo fijo, impávido custodio.
Espía, mientras bate con nerviosa
cola el haz de las férulas vecinas,
en reprimido acecho... así es mi odio.

Kordon

Es maravilloso.

Borges

Siempre he pensado el paso del tiempo imaginando a un tigre. Ese balanceo de la cintura, las pupilas oscureciendo la mirada, antes de saltar a la presa.

Kordon

¿Usted ha odiado alguna vez de esa forma?

Borges

El odio destruye a quien lo ejerce. Claro que con eso no le respondo. Creo haber sentido alguna vez algo que puede invocarse como odio. El deseo de que una persona no exista. No que desaparezca, porque ese es el talón de Aquiles de los que odian: la cobardía. No se puede convertir en acto la perversidad que hemos imaginado. Quienes lo hacen, no odian. Los verdugos no odian.

Kordon

Usted sabe como yo que aquí se han desaparecido personas y se las ha masacrado. No se me ocurre otro motivo para hacerlo que no sea el odio. Sacar el odio del medio es ofrecer una justificación. Como tratar de conjurarlo en vez de explicarlo.

Borges

Me es imposible saber que ha hecho cada cual con su odio. ¿Y usted? ¿Ha odiado?

Se hace un silencio. Sube el volumen de la radio y puede oírse a Videla hablar de los desaparecidos. Baja el volumen cuando empieza a hablar Kordon.

Kordon

Claro que lo he hecho. Todos odiamos. Es inevitable, es como amar, como morir. La pregunta es qué hacemos con eso. Cómo sobrevivimos con lo que se nos ha dado ¿como monstruos, como miserables? ¿Nos escondemos hasta que deje de abrumarnos? ¿vamos al psicólogo, como hacen todos ahora?

Borges

Todos odiamos, *ergo* usted me ha hecho una pregunta retórica o inútil. O quizá intenta empujarme a una discusión que no puede plantearme sin ambages. Los ciegos solemos darnos cuenta de a dónde nos llevan.

Kordon

Es cierto. No fui honesto. Hay una fantasía que seguro comparto con muchos. Es esta. No la del purgatorio...

Borges

Margot.

Kordon (sonríe)

Margot... La fantasía de encontrarme con usted en un bar, los dos solos, y poder decirle, de alguna manera, la admiración que siento por lo que ha escrito, y a la vez el desconcierto por otras cosas.

Borges

¿Por cuáles cosas? No pretenderá que le explique un poema o un cuento, es inaceptable, y por lo que intuyo, innecesario.

Kordon

No. Y lo que yo intuyo es que usted sabe de qué le hablo. Otras veces se lo han preguntado. Pero no me alcanzan esas respuestas. Siempre inteligentes, maravillosas, las citas perfectas. Son preguntas para contestar con las vísceras en las manos. Cuando lo vi, después de la sorpresa, recordé que nunca he visto de usted emoción alguna. Nunca lo vi llorar, o maldecir. O enojarse. Al menos en público, claro.

Borges

¿Qué espera? ¿Qué me pare y lo invite a pelear? Si conoce mis libros sabe que esa es mi fantasía –yo también las tengo–, pero no mi costumbre. Como verá, todos fantaseamos.

Kordon

Cuando le pregunté por el odio sabía que me iba a responder lo mismo que respondió en alguna entrevista, como la que hizo con el gallego ese adulator de artistas. Yo sé que no son respuestas ensayadas. Usted nunca ensayaría algo antes de decirlo, no imaginaría diferentes escenarios en los que alguien le pregunta algo y usted responde. Pero hay algo de artificio en esas respuestas, no lo niegue. Negar la percepción de los demás es enloquecedor.

Borges

Lo recuerdo vagamente al gallego. Aunque ignoro si era de Galicia.

Kordon

Bien, no puedo exigirle que no me defraude. Pero no creo que sea la verdad. Usted a odiado y ha ejercido ese odio, y a su manera ha hundido un puñal.

Borges

Nunca tuve sangre ajena en las manos, no más que la que he imaginado en algunos poemas. Pésimos poemas, por cierto. Olvidables, como esta conversación.

Kordon

También imaginó sangre en ese judío linchado por los manifestantes. Ese fue su puñal, no solamente un mal cuento. El puñal que era de otros, que no era suyo. Porque compartió los prejuicios y el desprecio, pero no la muerte. Es verdad, no tiene sangre en los dedos, sería exagerado culparlo de esas muertes. Pero ha escrito lo que los asesinos hubieran querido escribir, si hubieran podido.

Borges

¿Cuáles muertes?

Kordon

Las del bombardeo en la plaza, las de José León Suarez, las de las cárceles clandestinas, las de los que tiraban al río dormidos con pentotal. Y los que mueren día a día en los hospitales, los que mutila el tren...

Borges (lo interrumpe)

Es absurdo. No conozco a esas personas. Nunca las vi. Me han culpado de alguna atrocidad, pero lo único que he dañado es la dudosa reputación de algún poeta. Es muy difícil no sentirse ofendido con usted.

Kordon

Le dije que no lo culpo de la muerte de nadie. Pero hubo un germen que soltaron. No hace falta que le diga el año. Incluso si lo dijera sabría de qué le hablo. La historia también es la cifra. Esa enfermedad fue lo que mató a esas personas. No las bombas, ni las balas, ni la picana. Ese día, cuando soltaron la enfermedad, algunos festejaron y otros tuvieron que esconderse.

Kordon toma el café. Unos segundos de silencio.

Borges

Al filo de la muerte, si es que aún no ha llegado, fui perdiendo los miedos. Se fueron ocultando detrás de la impaciencia. Solo uno persiste, porque es dado tanto a vivos como ha muertos. La marca de la traición, el vértice último del noveno círculo. Es tan atroz como el odio. También la hemos construido los hombres. Usted sugiere que de tanto renunciar a

ser Caín, me he convertido en Caín. Los hombres amamos esa parábola porque podemos elegir quién es Abel. La moneda no tiene dos caras distintas cuando está en la mano ajena.

Tose y se ahoga. Kordon le alcanza el vaso de agua.

Borges (continúa)

Gracias. He escrito peores páginas, ninguna fue cincelada por el resentimiento. Supongo que como usted, he sostenido lo que he pensado, en mis tiempos y en este, que en definitiva son los mismos.

Hay un momento de silencio. Kordon mira por la ventana con las manos en la espalda. Se oye por la radio un pequeño fragmento de "Argentina al día" hablando de alguna obra de Perón.

Borges (continúa)

¿Es usted acaso uno de sus seguidores? ¿También usted está ciego?

Kordon se da vuelta con cierta indignación.

Kordon

No es la defensa de nadie. Nunca le encendí velas a él ni a nadie en este país. Admiré profundamente otras cosas. Admiré pueblos, revoluciones. ¡Lo admiré a usted! Eso me hizo humano, no acólito.

Borges

Discúlpeme, intenté una broma y nunca fui bueno para el humor. Si esto fuera una obra de teatro y yo un personaje, algunos en el público hubieran esperado que dijera eso, es más,

lo hubieran deseado. Otros hubieran pensado en que es una obviedad de mal gusto, como la anécdota apócrifa del hombre que se ofreció a cruzarme la 9 de julio ¿se la han contado?

Borges carraspea.

Borges (continúa)

Como manda su fantasía, al fin y al cabo estamos los dos en un bar, a merced de un transcurrir y de un lugar que nos es ajeno, y no me refiero a usted y a mí, sino a todos. Entonces quisiera recuperar la cordialidad de su bienvenida. Ni usted ni yo sabemos cuánto va a durar este encuentro.

Kordon

Como en “Las moscas”, de Sartre. El infierno es una habitación que se debe compartir con otros. Siempre somos mirados. Ya he caído yo también en los mitos.

Borges

Bueno, conmigo no va a tener esa inconveniencia. La de mirarlo, digo.

Kordon sonrío.

Borges (continúa)

Este siglo portentoso nos ha dado varias guerras, la televisión, la sopa instantánea y el existencialismo.

Kordon (sonríe otra vez, con más énfasis)

Con respecto a lo de antes, no se sienta amenazado. Es una discusión y en esas lides debería ser yo el preocupado. A usted lo amenazan otras cosas, no menos poderosas. Lo dice en un poema.

Borges

No lo crea. Lo mío no son las palabras, sino la maestría del puñal. No se deje engañar por el bastón y por los ojos nublados. Soy rápido en el entrevero.

Kordon (sonríe)

No puedo imaginarlo yendo al encuentro de otro con el puñal en la mano, sin antes marearlo con Shaw o con de Quincey.

Borges sonríe

Kordon (continúa)

¿Sabe? De tanto escribir sobre la muerte uno se cree que la conoce. La he imaginado como un vagabundo esquivo, como un camionero con campera de cuero. Bueno, también con la guadaña, como todo el mundo. La imaginamos como si viniera de otro lugar a buscarnos. Y la llevamos encima. Nos llega desde adentro. Deberíamos saber todo de ella y no sabemos nada.

Borges

Son embelecos que de repetidos, suenan ciertos. Como creer que el futuro está por delante. El futuro está a nuestra espalda, es lo que no podemos ver, lo que no conocemos.

Le da otro trago al agua.

Borges (continúa)

¿Usted escribe sobre la muerte para conjurarla? Quizá ella no sepa leer. Quizá sea menesterosa y práctica, poco intelectual. Las calles y el calendario le son familiares, porque no se pierde nunca. Siempre llega a donde tiene que llegar.

Kordon

Mire, si pudiera conjurar algo con las novelas hubiera intentado borrar otras cosas. Parece la trama de uno de sus cuentos, un escritor cuyas historias se van haciendo reales cuando las escribe. ¿Y usted?

Borges

Disculpe

Kordon

Digo, usted. ¿Por qué escribe?

Borges

Siempre estuve en la búsqueda de una página, de un verso, de apenas una frase que fuera para todos los hombres. Que prescindiera de mí, de mis odios, de mis aversiones, de mi escasa ternura, de mis pasiones inútiles. Como usted lo ha hecho notar, lejos estuve de conseguirlo. Quizá el deseo adolescente de darles a los hombres algo que pudieran compartir, es imposible en este tiempo.

Se acerca el mozo con la bandeja y levanta la taza de Borges.

Mozo

Se vino el mediodía nomás. ¿Van a tomar el vermut o siguen tirando unas horas más con el café? Con clientes como ustedes no llegamos ni al alquiler.

Borges (a Kordon)

Convengamos que en esta confitería lo que no falta es la calidez. Margot debió haber sido una mujer muy cariñosa.

Kordon sonrío. Se oyen bombos y ruido de manifestación en la calle. Kordon mira desde la mesa hacia la ventana. Se oyen ahora estampidas y tiros. El mozo se arrima y mira hacia afuera.

Mozo

Y sí. Se las dieron. Y mañana van a hacer otra marcha en repudio a los que se las dieron hoy y se las van a volver a dar. Y así todos los días. Qué país maravilloso.

Borges (a Kordon)

Dos aldeas están divididas por un río. Por las arbitrariedades de la vecindad, se odian. Sí, ese mismo odio del que hablamos. No pueden invadirse, no precisamente por el curso fluvial, sino porque no se conocen en la vigilia. Una sueña a la otra. Cuando los de un margen están despiertos, los del otro duermen. La conclusión es obvia. No pueden vivir los unos sin los otros.

Kordon

Si eso intenta ser una metáfora de lo que pasa en este país, hay inexactitudes que la devienen en falaz. Uno de los dos pueblos son la inmensa mayoría y son soñados solamente por dos o tres y viceversa; los populosos sueñan y les dan entidad. A veces no pueden dormir por el hambre o porque no tienen dónde; puede ocurrir que alguna vez mueran de insomnio. Aquí también la conclusión es obvia.

Suena un disparo más cerca. Kordon se aleja de la ventana.

Kordon (al mozo)

A la mierda ¿Corremos algún peligro acá? ¿Por qué no baja la persiana?

Borges

Salvo por el café y las medialunas, le afirmarí que el lugar es seguro.

Mozo

No se arrime a la ventana por las dudas, a ver si pierde un ojo. La otra vez se metió uno acá y lo tuvimos que sacar a patadas.

Kordon mira al mozo y vuelve a mirar por la ventana.

Kordon

Los recuerdos se me han ido deshilachando, ¿sabe? Parecen fotos sueltas, como si alguien me cambiara de canal y no me dejara detenerme en una imagen para ver de dónde viene, a qué día pertenece.

Es desesperante. Esos estallidos me trajeron al menos un recuerdo completo. ¿Recuperaremos acá la memoria?

Borges

Alguna vez sentí terror por perderla. Estuve agonizando y los delirios de la morfina fueron más fuertes que los recuerdos. Creí que ya no podría recordar, que iba a vivir de sueños. ¿Cuál es ese recuerdo?

Kordon

Estábamos con mamá en la cocina. Ella tejía algo al lado de la ventana, para aprovechar la luz. Empezaron a sonar los silbatos de los vigilantes. Después dos o tres tiros. Sentimos la puerta del patio. Entró el viejo con otro hombre. Estaba agitado, se agarraba el hombro, tenía sangre en los dedos. Papá le dijo que se quedara lejos de la ventana, contra la pared. Estuvimos un buen rato callados, mirándonos entre nosotros. El hombre tenía la cabeza entre las piernas, a veces soltaba una mueca de dolor. O de angustia. Como papá siempre hablaba de anarquistas, pensé que era uno. Me sentí orgulloso del viejo. Muy orgulloso. Unos años después le hice ese comentario a mamá y me dijo que el tipo no era ningún anarquista, que había robado ropa tendida en una pensión del barrio. Me sentí decepcionado. Durante mucho tiempo me dio vergüenza recordarlo. Hasta que fui entendiendo otras cosas y hoy vuelvo a recordarlo con orgullo.

Borges

Un hombre compasivo era su padre.

Kordon

Sí. Como los que siempre hacen falta.

Silencio. Sube el volumen de la radio y se oye la voz de Pichuco diciendo “quién dijo que yo me fui del barrio, cuándo, pero cuándo...si siempre estoy volviendo”

Acto II

Personajes

Jorge Luis Borges

Bernardo Kordon

Mozo del bar

Encargada del bar

Hombre hambriento

Escena 1

Siguen sentados a la mesa Kordon y Borges. Hay un vaso de vermut y un sifón. El mozo recorre el lugar barriendo.

Kordon (a Borges)

Pero no deja de ser una ilusión, por lo tanto no existe. Existe el espejo, existe el objeto que está entre los espejos, pero la imagen infinita es una ilusión óptica y la sensación de infinito es una elucubración humana. No hay forma de sacar esos objetos de ahí. Es decir, si pongo un anillo de oro entre los espejos no soy millonario.

Borges

El matrimonio sería una gran inversión.

Ríen ambos

Kordon

Con dos espejos todo lo sería.

Borges

Su razonamiento es lógico pero no absoluto. Aún la ilusión es algo concreto, porque la conciencia del hombre la presiente, por lo tanto existe. La idea de infinito hace que exista el infinito. Se puede ver de otra manera que no sea una ilusión visual.

Kordon

Bien, convéncame.

Borges

Supongamos que entra al bar un hombre y afirma que todos los uruguayos son mentirosos. Pero resulta que este hombre, al que llamaremos Eladio, es uruguayo. Por lo tanto está mintiendo, lo que convierte en verdad lo que ha dicho: luego, está mintiendo por lo que dijo al principio: luego está diciendo la verdad, no es un mentiroso; y así, ad infinitum.

Kordon

Es una ilusión lingüística. No puede un hombre mentir siempre. Mucho menos todos los hombres y las mujeres. Menos los uruguayos. Ireneo Funes era uruguayo.

Borges

¿Quién le dijo a usted que no podía mentir? ¿Cómo podía comprobar el narrador que todos esos recuerdos eran veraces?

Kordon

Retórica. Intente de otra forma.

Borges

Bien, una mujer le dice a usted que lo quiere, cuando se acerca para abrazarla le dice que le ha mentado, que se aleje. Usted se aleja y ella le dice que le ha mentado, que no quería que se alejara. Usted insiste entonces con el abordaje, hasta que ella le dice que le ha dicho la verdad cuando lo rechazó, y así, hasta que termina usted matándola o durmiendo con un chaleco de fuerza.

Encargada

Con ustedes dos lo único infinito es el aburrimiento, muchachos.

Kordon ríe. En ese momento entra un hombre al bar. Lleva un bolso. Se sienta en una de las mesas. El mozo se acerca.

Mozo (limpiando la mesa con un trapo)

Buen día. ¿Qué le traigo jefe?

Hombre

¿Puede ser un café con leche con medialunas?

Mozo

Sí señor, claro que puede ser. ¿Cuántas medialunas?

Hombre

Tres. Tres está bien

Borges (en voz baja)

Rescate a ese hombre. Sávele la vida. Renueve la trama eterna de la víctima y el héroe.

Kordon sonrío

Encargada

Lo estoy escuchando. ¿Por qué no va a contar gallinas y pollos? Vamos que le pagamos el sueldo nosotros.

El mozo ríe a carcajadas exageradas, mientras sirve el café y las medialunas. Imita a una gallina y mira a Borges. Kordon mira unos segundos cómo el extraño devora las medialunas y toma el café. Se oye de fondo la primera estrofa de "Uno".

Kordon (mirando al hombre)

Esto yo lo he visto o lo he leído.

Borges

Si tiene la vaga sensación de haberlo vivido es un *deja vu*. Si lo ha leído no es sorprendente, es la historia que se repite desde Homero o desde Wang.

El hombre al terminar de comer deja pasar unos segundos y mira al mozo. Se toma la cara y empieza a llorar desconsoladamente. El mozo se acerca y le pone una mano en el hombro.

Mozo

Tranquilo mi amigo. Qué le pasa

El hombre mueve la cabeza de un lado al otro, no puede hablar por el llanto.

Mozo

Tranquilo, tranquilo. Ya entiendo.

Hombre

Es que no tengo...

Mozo

Vaya, no se haga problema.

Hombre (compungido)

Cuando pueda...

Mozo

No, no me explique ni me diga nada. Vaya.

La encargada mira desde la barra y agacha la cabeza, también moviéndola de un lado a otro. Cuando el hombre sale el mozo se sienta en una de las mesas y se queda mirando el pocillo vacío.

Kordon

Nunca voy a acostumbrarme a ver a un hombre llorando. Es peor que ver llorar a un niño.

Encargada

Yo no me acostumbro a ver gente con hambre. La puta madre que me parió, con la riqueza que tiene este país.

Kordon

Ahora lo recuerdo. Es el cuento de Manuel Rojas, El vaso de leche. Cuando se sentó y pidió con esa timidez, con ese abatimiento, de alguna manera sabía lo que iba a pasar.

Borges

Es Rojas y también es Swift. Y Luis de Miranda y los desgraciados que escribieron el horror de haberse devorado a sus hermanos.

Cierra los ojos, alza la cabeza hacia el techo y empieza a recitar.

Borges (continúa)

Madre antigua y atroz de la incestuosa guerra,
borrado sea tu nombre de la faz de la tierra.

Tú que arrojaste al círculo del horizonte abierto
la alta proa del vikingo, las lanzas del desierto.

Tú que entre el nacimiento del hombre y su agonía
pides en la oración el pan de cada día.

Tú cuya lenta espada roe generaciones
y sobre los testuces lanzas a los leones.

Baja la cabeza y murmura

Borges y Kordon (recitan juntos)

Madre antigua y atroz de la incestuosa guerra,
borrado sea tu nombre de la faz de la tierra.

Kordon (exaltado)

¿De quién es esa deuda sino de todos? Incluso de los que sienten las tripas vacías. Yo nunca tuve hambre. Ese hambre. Porque no todas son iguales. Hay un hambre que además de ser antigua y atroz es injusta. No hay peor paradoja que no poder comer viviendo rodeado de trigo, no hay peor paradoja que elegir al que te quita el plato de la mesa. No hay poesía alguna en el hambre.

Borges

Usted asocia el hambre a la pobreza. Qué paradójico, que por hacerlo le niegue la riqueza a las palabras. Cuando usted me habla tengo esa vaga sensación de que debo pagar una deuda. Que por eso estoy aquí, con usted, en un bar en la esquina de dos calles que nunca se han cruzado.

Kordon

Quizá sea así. Es más fuerte que yo, no lo puedo evitar. Perdóneme. Usted siempre ha dicho que uno es todos. Entonces nadie se puede escapar a esa deuda. Entonces usted y yo deberíamos sentir hambre también.

Borges

Yo no puedo evitar haber nacido donde nací, en el hogar en dónde nací, en esos tiempos de barbarie donde después fui un hombre tachado y acosado. Quizá por esa razón tampoco puedo evitar aborrecerla.

Kordon

¿Eso que tiene que ver con el hambre?

Borges

No lo sé. Quizá esté paranoico y piense que todo lo que usted dice, lo dice señalándome con el índice. No puedo verle las manos para confirmarlo.

Kordon

No, no es así. Sencillamente nos hago a todos responsables y a usted lo abrumba la culpa. Y con respecto a lo que dijo, conoce bien esa palabra: Barbarie. Viene desde muy lejos, pero no ha cambiado demasiado. Pareciera que los bárbaros siempre son los mismos, los que son muchos y tienen poco.

Borges

¿Usted bendice la violencia por populosa?

Kordon

¿Usted la bendice por romántica? Su fantasía es morir a cuchillo con un compadrito. Y sí, no sé si podría levantar un palo sobre la cabeza de alguien, pero deseo que otros lo puedan hacer por mí.

Borges

Usted solamente levanta la mano cuando ha terminado de escribir.

Kordon

Y veo, puedo ver lo que me rodea. Usted no puede. Hay cosas en ese “vasto universo” del que habla en sus cuentos que no están en las bibliotecas. Están en las orillas de las vías, en las barriadas. No, usted no puede ver eso.

Se hace un silencio. Sube levemente el volumen y se escucha la parte de “Los libros de la buena memoria” donde dice “Como un ciego frente al mar...”

Kordon

Perdón, no me refiero a que no lo puede ver... ya sabe lo que quise decir.

Borges

Sí, lo sé. También sé que acompañé con pasión, creo que irracional, a otros hombres que prodigaron la violencia en nombre de no sé bien qué ideas de libertad. Yo pensé en la mía y en la de tantos otros. Y aquí estoy, bebiendo café quemado y escuchando la reprimenda de un novelista.

Sube otra vez el volumen con la misma canción.

Escena 2

El mozo deja varios diarios arriba de las mesas. Kordon toma uno al azar y se acerca a la ventana para leer con la luz de afuera.

Kordon (al mozo)

Maestro, ¿me trae otro café?

Lee unos segundos el diario. Frunce el ceño. Algo no lo convence.

Kordon

Ah, claro. Este diario es viejo. Es de diciembre de 2001. (lee en voz alta) Renunció De la Rúa. Gobierna el peronismo.

Se oye en la radio "Me gustas tú", de Manu Chao.

Borges

Qué modo tan criollo de empezar el milenio.

Kordon (buscando otro diario)

Usted y yo somos del siglo XX, no creo que hayamos forjado un siglo peor que ese.

Levanta otro diario y lo mira.

Kordon

Este es viejo también, 1969.

Borges

El hombre en la luna

Mozo

Chacarita campeón.

El mozo se acerca a Kordon y va enumerando con los dedos.

Mozo (continúa)

Petrocelli; Gómez, Abel Pérez, Bargas y Frassoldati; Recúpero, Poncio y Puntorero; Marcos, Orife y Neumann. 4 a 1 a River en el cilindro de Avellaneda. Ya le habíamos ganado a Racing y a Boca en la mismísima bombonera. ¿Qué me dichirichi?

Borges

Creo que no es el purgatorio. Es el peor de los avernos.

Kordon

Che, Chacarita. ¿Y el diario de hoy dónde está?

Mozo

No hay más diarios que esos. A mí me los dan y yo los pongo.

Kordon levanta otro diario y lo lee en silencio. Levanta la vista y lo mira a Borges.

Borges

Bien. Estamos esperando el año. Ardo de intriga por saber quién salió campeón.

Kordon

Es de 1986.

Borges

No fue un año cualquiera. Los imperios descubrieron que eran arrogantes y falibles. Estalló el taxi espacial Challenger y desde Ucrania llegó un nombre demasiado conocido: Chernobyl. El cometa Halley pasó por última vez en el siglo XX, América perdió a un dictador, el inefable Duvallier, y en las calles de Estocolmo asesinaron a Olof Palme. Es la desventaja de los demócratas, parece que son fáciles de matar.

Kordon

Todas esas cosas ocurrieron antes del 14 de junio.

Borges

Lo sé. Y el diario que usted tiene en sus manos lleva mi nombre en la portada, quizá acompañado por alguna foto impersonal. El hecho referido ocurrió en Ginebra.

Kordon

¿Usted lo sabía?

Borges

Lo sospechaba. Este lugar. Esta esquina. Este día constante y vacío, desprovisto de las costumbres de los últimos años, de las voces que me acostumbré a reconocer, acaso con

una exactitud mecánica. Ginebra suena distinto ¿sabe? Aun sin esas voces, sin ese francés áspero que hablan en la Romanía.

Kordon se sienta. Se siente mareado. El mozo lo ayuda a sentarse.

Mozo

¿Está bien?

Kordon

Sí, creo que sí. Fue un mareo nada más. (a Borges) Usted estaba de alguna manera advertido. Por eso he llegado después que usted a este lugar, creo. O no sé. ¿dónde carajo estamos?

Borges

Hacía mucho tiempo que la esperaba.

Kordon

¿A quién?

Borges

A la que viene desde adentro, como usted dice. No creo que haya sido su camionero el que fue a buscarme a Suiza. Pero recuerdo vagamente un camino, un tránsito. Y he llegado hasta aquí.

Kordon se pone las manos en la cara. Recuerda algo.

Kordon

Fue en Chile. Fuimos a vivir a Santiago. Ya había empezado a desvanecerse todo en la memoria, como le conté antes. No recuerdo bien. Hacía mucho calor. Estaba en la cama, había un olor horrible. ¿Pero por qué acá estoy bien? Estoy de pie. Me siento con energía. Puedo recordar.

Borges

Quizá somos la ilusión de otros. Alguien nos ha puesto entre los espejos. Quizás los que me recuerdan me han conocido ciego y así me han creado. Quizá me piensen como el intolerante antiperonista que ha escrito algunas buenas páginas, y a usted como yo lo recordaré, un hombre de bien, preocupado por el sufrimiento ajeno. Lamento no haberlo leído como corresponde.

Kordon

Yo nunca me voy a arrepentir de haberlo leído a usted, y mucho menos de haberlo conocido.

Hay un silencio. Kordon repasa los diarios.

Sube levemente el volumen. Se oye la voz de Menem hablando del cohete a la estratósfera.

Kordon

No creo que haya algún panegírico para mí en los diarios. Ni letras de molde, ni fotografías. Tengo la sensación de haber tenido una muerte ordinaria. Lejos de Buenos Aires. Aunque ese es un riesgo que debe aceptar todo viajero.

Borges

Todos estamos advertidos. De eso y de otras cosas. La muerte siempre nos ronda pero la creemos ajena. Y la muerte de los demás es siempre ordinaria. Es mundana, imperceptible para el universo. Todos los diarios son viejos.

Kordon

Pero no queremos nunca morir. La vida es lo que conocemos. No hay otra cosa. De lo que puedo recordar, todo es dulce. La noche, la mañana después de la noche, el vino áspero de Valparaíso, el color de los desfiles en Shanghái, el gusto de la carne, las montañas de Arabia Saudita.

Borges

¿Y si no fuera así? ¿Y si lo que vivimos es otra ilusión para distraernos de lo inevitable? Desde muy niño supe que mi destino era literario y también que ese destino era en realidad un pasaje, era lo que iba a mantenerme despierto en el transcurrir, la distracción de otro destino ineludible.

Kordon

Pero no pudo evitar preguntarse por ese otro destino. Creo que yo tampoco escapé a la tentación.

Borges

Nadie escapa. Pensar es también una maldición. Quise encontrar artificios para conjurar la muerte con la razón. No me bastaban las religiones. Los argumentos son tan improbables. Creí que la respuesta estaba, paradójicamente, en lo que no podía explicarse: el universo y su infinitud. Si lo abarcaba todo, y yo estaba en su orbe, también me abarcaba a mí, ergo, soy infinito. Y quizá, solo quizá, este lugar podría probarlo.

Kordon

¿Pero es esto? ¿Así sigue? Lo que queremos prolongar es la vida, no la simple existencia.

El mozo empieza a poner las sillas arriba de las mesas.

Borges

Entonces ¿cualquier vida es mejor que esto? ¿los esclavos, los ciegos, los tullidos? ¿los ciegos?

Kordon

Los pobres...

No, cualquier vida no es mejor que esto. Pero eso no justifica ninguna fantasía de paraísos y valhalas. La única vida es en la tierra. Esto es un eco de lo que fuimos. Es el lugar en donde permanecemos para recordar.

Kordon (continúa)

Cuando fui joven y empecé a creer en los hombres, en la revolución, en cierto poder que tiene la voluntad cuando se comparte, creía ciegamente en el futuro. Y prometíamos eso: futuro. Es una estafa ¿sabe? Prometíamos algo que nunca llega. La vida es aquí y ahora. No sirve ser feliz en el futuro.

Mozo

Buenos muchachos. Cada carancho a su rancho. Vamos que cerramos.

Kordon (buscando en los bolsillos)

¿Cuánto le debemos?

Mozo

Nada mi amigo. Invita la casa.

Borges levanta el vaso de agua y brinda.

Borges

Por Chacarita.

Borges (continúa)

Hablando de maldiciones, usted ha escrito un cuento.

Kordon (complacido y sorprendido)

Pensé que no había leído...

Borges

Le dije que lamentaba no haberlo leído como corresponde. Anyways, como dicen los sajones, en el cuento hay un apellido que está maldito. Todos los hombres que lo llevan mueren en el lugar en el que nacieron: Esteco, un pueblo de provincia. El protagonista es llevado desde niño a Buenos Aires, para salvarse de la maldición. Allí crece, se casa, pero no puede salir de la pobreza. Desesperado por el destino que le aguarda al hijo – el de ser pobre– vuelve a su pueblo natal a reclamar sus tierras. Cuando la madre lo reprende por haberse arriesgado a volver, le hace notar que la dichosa maldición es en realidad una tautología, en tanto todos los hombres, con o sin ese apellido, son mortales. La madre le responde que la maldición no es la muerte, sino el pensamiento constante de estar acompañado por ella.

Kordon (emocionado)

Yo le agradezco. Tampoco es un argumento muy original.

Borges

No es el argumento lo prodigioso. Usted y yo sabemos que esa maldición no es ni la muerte ni su compañía ominosa, es la pobreza. A dónde vaya el maldito la encontrará. Y no es su apellido, es su raíz, su condición, arbitraria y desmedida, de haber nacido en un tiempo y en un lugar.

Borges (continúa)

Y lo maravilloso es que usted ha dicho todo eso con un cuento fantástico, y no con esos impresionismos abominables como los de los Payró y los Gálvez.

Kordon ríe. Se acerca y lo ayuda a levantarse. Caminan hacia la puerta. El mozo y el encargado los saludan. Se escucha de fondo en la radio "El cantor de Buenos Aires". Cuando paran en la puerta conversan antes de salir.

Kordon

Hace tanto que no camino de noche por esta ciudad. ¿Quiere acompañarme unas cuadras?

Borges

Me encantaría, claro.

Kordon

Me gustaría hacerle una pregunta. También es algo sobre uno de sus cuentos, algo que siempre me he preguntado.

Borges

Lo escucho

Kordon

Cuando Borges cuenta lo que vio en el Aleph, sobre el final del relato dice algo así como “vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré...”, ¿a quién le habla? ¿A Beatriz? ¿Al lector? Porque si por allí puede verse el pasado el presente y el futuro de todo el universo, entonces también pudo haber visto a los lectores ¿no?

Borges

Es interesante lo que dice. Una voz que puede hablarle a todos los lectores sin conocerlos, en cualquier tiempo y espacio. Ese es otro prodigio del Aleph ¿no? No sé en qué pensaba. No puedo recordarlo. Fue hace tanto tiempo. En todo caso es usted el que ha escrito esa versión.

Kordon (sonriendo)

Pocas personas pueden fingir humildad y seguir siendo admirados. Eso es algo que siempre me ha gustado de usted.

Borges

Ese Borges que ha visto esa cara y lloró, pudo ver. Y por supuesto pudo llorar. Esa es una fantasía común de los videntes, que son, supongo, la gran mayoría en la tierra. Saber si los ciegos pueden llorar. Cuando no he podido hacerlo, no ha sido porque las lágrimas no pudieran salir. Acaso he sido yo el que las ha escondido.

Kordon

Supongo que hay cosas que un hombre que sale en los diarios no puede permitirse.

Borges

Pero mis versos me han traicionado. Nunca fui hábil para los trabajos amorosos. Fui crédulo, patético e ingenuamente pretensioso. Esa cara que provocó el llanto fue y es muchas caras que oportunamente me han provocado la desesperanza.

Kordon lo toma delicadamente del brazo, como forma de consuelo.

Borges (continúa)

¿Podremos en este paseo encontrar algún café digno de tomar?

Encargada

Lo estoy escuchando, desagradecido.

Kordon sonríe

Kordon

Quiz a necesitamos algo un poco más fuerte que café para hablar de estas cosas.

Borges

Parece que este lugar y esta incertidumbre empiezan a ponerse interesantes.

FIN